PARTIDO DEL TRABAJO



LAVOIE, MÉXICO Y LA ECONOMÍA DEMOCRÁTICA

SERIE DEMOCRACIA EN MÉXICO NO. 10 ¿QUIÉN PUEDE OPONERSE A LA NOCIÓN DE UNA DEMOCRACIA ECONÓMICA?

POR: EDUARDO GARCÍA GASPAR

1-DICIEMBRE-2004

PARTIDO DEL TRABAJO

LAVOIE, MÉXICO Y LA ECONOMÍA DEMOCRÁTICA

SERIE DEMOCRACIA EN MÉXICO NO. 10 ¿QUIÉN PUEDE OPONERSE A LA NOCIÓN DE UNA DEMOCRACIA ECONÓMICA?

POR: EDUARDO GARCÍA GASPAR

1-DICIEMBRE-2004

LAVOIE, MÉXICO Y LA ECONOMÍA DEMOCRÁTICA

TEN PUEDE OPONERSE À LA NOCIÓN DE UNA DEMOCRACIA ECONÓMICA?

POR: BDUARDO GARCIA GASPAR

.Hay frases contagiosas que tienen un atractivo inmediato, pero que en el fondo tienen efectos terribles. Este es el caso de la idea de una economía planeada democráticamente. Ella reúne los dos requisitos fatales: tiene un gran encanto inmediato y sus efectos son muy negativos. En el análisis de la propuesta de una economía planeada democráticamente, el pensamiento de Lavoie resulta por demás relevante al profundizar en el significado último de lo que esa idea acarrea.

Y, más aún, la idea de Lavoie es especialmente importante dentro de los países con democracias recientes, como México y el resto de América Latina, cuyos ciudadanos pueden ser presas de esa tentación, la de frases fascinantes que en la superficie a casi todos atraen, pero que sirven para negar la esencia misma de la democracia. Más aún, una frase como la de una economía planeada democráticamente cae en terreno fértil cuando es planteada a personas con escasos conocimientos económicos, una realidad que debe reconocerse en esta parte del mundo.

La obra consultada para este resumen es la de Don Lavoie, National Economic Planning, What is left? Chapter 5, Planning from de bottom up? The myth of economic democracy, Ballinger Publishing 1985, pp 125-140.

Lo primero que hace el autor es definir su campo. Es el de la planeación de la economía, concretamente el de la planeación democrática de las actividades económicas. Menciona que en los Estados Unidos, en esa fecha al menos, los años 80, existe un grupo de personas que proponen que la forma democrática de la planeación económica es la única opción a la realidad del fascismo y de la planeación empresarial de la economía. Sin duda, un grupo similar de personas existe en América Latina en la actualidad; es por esto que las ideas de Lavoie son de importancia ahora mismo.

La frase central de ese grupo de pensadores es la de la democracia económica y

significa aplicar la democracia política en el terreno de la economía: llevar las nociones de la democracia del área de la política a los campos de la economía. En otras palabras, los proponentes de la democracia económica quieren la participación popular de la sociedad en las instituciones de la economía, en las empresas. Es igual a poner a votación e influencia política las decisiones económicas, lo que anula la espontaneidad de la economía libre y, por eso, dejaría de haber libertad de ese tipo: usando nociones de libertad política se anularía la iniciativa económica.

Para realizar esto, una de las cosas que propone ese grupo es la intervención del gobierno para fomentar la propiedad de los trabajadores, que sean ellos dueños de las empresas. Esta intervención, afirman, va más allá de los casos en los que esa propiedad sea voluntaria; el gobierno debe forzarla. Desde luego, eso equivale a obligar al trabajador a afrontar riesgos y gastos en los que quizá él no desee participar. Puede ser que el trabajador se encuentre satisfecho con el simple acuerdo

mutuo de un salario, dejando la carga de la administración a los propietarios. No puede justificarse obligar a alguien a ser propietario de lo que no quiera. Desde luego, nada malo hay intrínsecamente en que los trabajadores sean dueños de una empresa; pero tampoco hay nada reprobable en empresas cuya propiedad no sea de los trabajadores. Y aunque esta propuesta ha caído en desuso, no deja de ser representativa de la manera de pensar de ellos, el hacer que la autoridad entre a la economía forzando acciones que no se darían en un sistema libre.

La diferencia entre fijar e influir

Otro de los rasgos distintivos de ese tipo de pensadores es su argumento en el sentido de que las empresas son las que están a cargo de la economía de un país; que son las empresas las que toman las decisiones que alteran el destino de la economía de la sociedad. Los proponentes de la economía planeada democráticamente usan un razonamiento básico, creer que el ideal de la competencia perfecta no es alcanzado por

las instituciones reales en el mercado libre y que, por tanto, las empresas son las que fijan los precios y actúan para su propio beneficio.

Las teorías de conspiraciones oscuras son parte de estas ideas, como las de crear recesiones económicas intencionales e incluso desarrollar puestos de trabajo con funciones rutinarias de manera que los trabajadores permanezcan en su lugar. Estas ideas sobre el poder que tienen las empresas, como el de estar aisladas de los efectos de la oferta y demanda, tienen el problema de no hacer una distinción entre dos aspectos.

Primero, es indudable, aunque no deseable, que una industria no presente una situación de perfecta competencia, en la que hay una cantidad grande de competidores que ofrecen productos iguales. Sí, hay sectores económicos en los que no se tiene ese ideal teórico de gran número de empresas competidoras

Segundo, el hecho de que tampoco vivimos en una situación de competencia libre, pues las empresas, los sindicatos y otras instituciones usan su influencia en el gobierno para su beneficio individual. Lo cierto, dice el autor, es que el problema no es el de una distribución desigual de la riqueza, sino el que la riqueza pueda usarse para influir en la autoridad en beneficio propio; y la creación de una agencia gubernamental nacional encargada de la planeación económica no va a resolver ese problema, de hecho lo puede empeorar.

Dentro de un mercado, los rivales en competencia sí afectan el precio de los satisfactores y eso es información que las empresas usan para tomar sus decisiones. La influencia en los precios por parte de las empresas es una condición necesaria de la oferta y la demanda. Pero no es lo mismo tener poder para afectar los precios que fijar los precios; las empresas no tienen tanto poder como para controlar los precios.

Aunque no existan números elevados de empresas en el mercado, ello no significa que no exista competencia. Cada empresa tiene influencia en los precios, pero, es necesario repetirlo, no es posible decir que tengan poder para fijarlos a su antojo. Más aún, creer que las empresas pueden fijar los precios llegando a acuerdos entre ellas contradice otro de los reclamos de ese grupo de pensadores. Ellos dicen también que la economía está fuera de control y que es desorganizada. La verdad es que no pueden conciliarse ambas posiciones. Si la economía está fuera de control, eso significa que las empresas no ejercen control sobre los precios.

Reservando su crítica principal para más tarde, el autor menciona otra parte de los argumentos de esos pensadores, proponentes de la democracia económica, que es la serie de críticas sobre lo que ellos ven como actividades empresariales improductivas. Critican, por ejemplo, la publicidad, como si dentro de una economía planeada no hubiera necesidad de dar información sobre los bienes y servicios a los

consumidores.

Igualmente, son críticos de las fusiones, de las compras de empresas, de las deudas y de la especulación. Uno de los temas recurrentes de esos pensadores es el punto de creer que no existe escasez de capital y que el problema es únicamente el de cómo usar el capital existente, productiva o improductivamente. Reprochan también, por ejemplo, la adquisición de empresas y las fusiones, cuando ninguna de esas actividades significa una pérdida neta de capital y a menudo elevan la eficiencia en el uso de los recursos.

Otra de las causas de la irritación que un mercado libre produce en ese grupo es la vocación de las empresas para satisfacer las necesidades y los gustos de los consumidores. Critican no sólo los gustos de las personas, sino también la tecnología de producción, deseando centralizar las decisiones de uso de tecnología sin las iniciativas tomadas en un mercado libre.

Pero, en lo más profundo, está la característica más distintiva de ese grupo de proponentes de la economía democrática. Ellos proponen que esa economía sea planeada de abajo hacia arriba. Esto significa que las iniciativas económicas sean creadas por instituciones y grupos a niveles locales de un país, por ejemplo, por asociaciones de trabajadores o grupos de personas en diversos lugares. La planeación local de esos grupos será coordinada por una agencia nacional.

Ésta es esa transferencia de la democracia política al terreno de la economía: proponen el desarrollo local de planes económicos, producto de la acción de grupos y asociaciones de las diferentes partes de un país, los que son coordinados, arreglados, ordenados y acomodados centralmente por una agencia gubernamental con esa responsabilidad específica. En la realidad actuar de esa manera

significa realizar la siguiente conversión de planos: la rivalidad de mercado que existe en una economía libre se convierte en una rivalidad política; la competencia entre las empresas dejaría de existir para convertirse en una competencia entre las asociaciones que crearon los planes locales.

Y la rivalidad de mercado entre empresas competidoras no es lo mismo que la rivalidad política entre proponentes de diferentes planes. El éxito de la rivalidad política aprovecha el conocimiento de los procesos burocráticos que persiguen la derrota del rival, y no usa los procesos de mercado que mandan señales a las empresas para la toma de decisiones de inversión.

La democracia económica es en realidad una lucha por el control político y no por el beneficio que implica un intercambio comercial libre. En esa rivalidad política la derrota de un plan enemigo significa la acumulación de poder en el vencedor. Los éxitos de la rivalidad de mercado son muy diferentes a los éxitos de la rivalidad política. En el mercado, el éxito de la empresa depende de su capacidad para satisfacer necesidades de los consumidores, pero el éxito del planeador económico depende de sus habilidades políticas, e incluso de su capacidad de engaño e intimidación.

Al final, la propuesta de una democracia económica es en el fondo la conversión de una rivalidad de mercado en una lucha política, es decir, un aumento de las luchas por el poder que ya sufre una sociedad en la esfera política. Es ésta una visión sagaz y muy útil para las democracias nacientes de América Latina, en las que se ha planeado a la democracia como el remedio mágico de la prosperidad y donde un buen nivel de ignorancia económica hará atrayente la noción de una economía democrática.

La aportación de Lavoie, sin bien realizada en los años 80, tiene actualidad en México, donde se dan esos dos fenómenos. El entendimiento de la democracia como la solución fantástica y milagrosa de cuanto problema se padecía antes de su arribo; lo que se traduce en la tentación irresistible para poner todo a votación popular y a la influencia corporativista de innumerables grupos.

El suficiente nivel de desconocimiento de la economía; la ignorancia del funcionamiento de una economía libre, en la que realmente se vota a diario en la compra de cada servicio y producto haciendo de ella un institución realmente democrática sin necesidad de hacerla sujeto de luchas políticas que no consideran la voluntad de los consumidores.



UNIDAD NACIONAL ;TODO EL PODER AL PUEBLO!

1a Edición Noviembre 2005

ESTA EDICIÓN ES SUPERVISADA POR EL PARTIDO DEL TRABAJO, UBICADA EN AV. CUAUHTÉMOC NO. 47 COL. ROMA, C.P. 06700, DELEG. CUAUHTÉMOC, MEXICO, D.F. Y CONSTA DE 3000 EJEMPLARES Y SE IMPRIMIERON CON CLAUDIA HERNÁNDEZ CORONA ESCUADRÓN 201 NÚM. 20 COL CRISTO REY DELEG: ÁLVARO OBREGÓN, MEXICO D.F. ESTA EDICIÓN SE TERMINO DE IMPRIMIR EL 10 DE NOVIEMBRE DEL 2005.